

GUA.—Bueno... ¿Y guantes? ¿Y sombrero?

FOR.—¿No tienes quien te los pague?

GUA.—¡No, señor!

FOR.—Pues cómpratelos tú.

GUA.—Usted cree que con dos duros de sueldo...

FOR.—Hasta la temporada próxima no sueñes con aumentos.

GUA.—¡Muy bien! ¿Y le decimos al público que haga el favor de no mirar mis sombreros hasta la temporada próxima? ¡Parece mentira que sea usted así, don Bruno!

FOR.—Soy como puedo ser, que yo no lo robo... y al que no le convenga lo que gana, se va a la calle por la puerta que es muy ancha para salir.

GUA.—Avéngase un poco a la razón, don Bruno.

FOR.—La razón de que eres una desagradecida, que siempre estás pidiendo, y ya te has olvidado de que te perdoné el anticipo cuando marchaste del Kursaal.

GUA.—No, señor, no lo olvidé, ni lo olvidaré jamás; y estoy muy agradecida; pero... ¡carambal de eso van tres años y cada vez que aspiro a subir un poquito, un poquito nada más, me res-

triegan por la cara olvidos e ingratitudes. Fué una caridad, sí, señor...; pero aquella caridad le va ya resultando un buen negocio.

FOR.—Aquí no se explota a nadie, y si tú lo piensas, harás mal en seguir ni un solo día.

GUA.—(Atemorizada.)—No, señor, no.

FOR.—Y como yo no le consiento a la dependencia que se insubordine, ya te arreglaré yo a ti.

GUA.—No se incomode usted, don Bruno.

FOR.—Es que parece que lo buscas, cuando debías saber que yo no deseo reñir contigo, sino al contrario. Vamos, Guadalupica... ¿quieres aumento de sueldo para esos trajes? ¿Quieres que te repartan buenos papeles?

GUA.—¿No he de querer?

FOR.—Bueno, pues de tí depende. (Echándole la mano a la cara.) Somos viejos amigos, y ya es hora de que seamos algo más.

GUA.—(Como una fiera y amenazándole.)— ¡Don Bruno!

FOR.—Nos ponemos tontos, ¿eh? (Amenazando.) Bueno, bueno, bueno... Anda ahora a vestirme; anda, que ya te acordarás de mí.

(Guadalupe va a al cuartucho, sin correr la cortina, para

que luzca prendas interiores. Et público lo agradecerá.)

ESCENA IX

DICHOS: el AUTOR y el PORTERO

POR.—Este joven pregunta por usted.

(Mutis.)

FOR.—(Muy amable.)—¿Qué deseaba?

AUTOR.—Rogarle que tuviera la bondad de leer una obrita.

FOR.—Venga, sí.

AUTOR.—He podido fácilmente buscar recomendaciones.

FOR.—Para el caso que yo hago de las recomendaciones... No es que desprecie a nadie, no; pero mi negocio lo manejo yo solito. ¿Qué trae usted?

AUTOR.—Una comedia.

FOR.—(Devolviéndosela.)—¿Con tesis?

AUTOR.—No, señor, no.

FOR.—Ese me tranquiliza. Al público y a mí nos aburren mucho las tesis. No lo olvide usted, joven.

AUTOR.—No lo olvidaré, no, señor. He procurado hacerla muy cómica.

FOR.—Por ahí es el camino.

AUTOR.—Muy vistosa de presentación...

FOR.—Por ahí, por ahí...

AUTOR.—Y el argumento es lo siguiente...

FOR.—¿Con argumento también?... Admirable, joven, admirable. Veo que sabe usted lo que se pesca. Leeremos la obra, y si me gusta...

AUTOR.—Muchas gracias...

FOR.—Vuelva usted dentro de ocho o diez días...

AUTOR.—Muchas gracias. Servidor de usted, señor Forraqueira.

(Mutis.)

FOR.—Adiós. (Cuando se marchó, furioso)
¡Rodríguez! ¡Rodríguez!

ESCENA X

GUADALUPE, FORRAGUEIRA, TRASPUNTE

Luego PORTERO

TRA.—¿Llama?

FOR.—¿No lo has oído?

TRA.—Sí, señor...

FOR.—Entonces, ¿para qué lo preguntas, salvaje? Dale una voz a ese hotentote de Benito...

y al representante que lea esa gansada, a ver si es gansada efectivamente.

TRA.—Muy bien. (*Mutis llamando.*) Benito... Benito...

POR.—(*Entrando sonriente.*)—¿Don Bruno?

FOR.—¡Don Porrás! La primera vez que vuelva a pasar alguien con una obra en la mano se va usted a la calle por bruto.

POR.—(*Espantado.*)—Don Bruno, yo, yo...

FOR.—¡Por brutol

POR.—(*Atortolado.*)—Don Bruto, yo, yo...

FOR.—¡Lárguese usted, rinocerontel

POR.—Yo, yo...

FOR.—¡Que se largue usted le mando!

POR.—Con mucho gusto...

(*Mutis, tropezando en la pared.*)

FOR.—¿Es que va usted a salir por la pared, más que rinoceronte?

POR.—Por donde usted quiera, sí, señor...

FOR.—¡Largo de una vez!

(*Mutis el portero.*)

ESCENA XI

GUADALUPE, FORRAGUEIRA, ROMÁN.

ROMÁN.—¿Hay jarana?

FOR.—¡Es una condenación el bregar con estos torpes!

ROMÁN.—Si fueran muy listos no serían porteros.

FOR.—¿Qué serían?

ROMAN.—Autores, que es más fácil.

FOR.—Según, según... Como usted no es tan fácil, que usted sabe mucho. De la media docena de Calderones y de *Lopes de las Vegas* que tenemos, usted es de los más altos. En las obras de usted yo no me aburro casi nunca.

ROMÁN.—(*Dándole una palmada.*)—Gracias, Forragueira.

GUA.—(*Que saldrá cuando quiera.*)—Buenas noches, Román.

ROMAN.—¿Como anda ese humor, Lupe?

GUA.—Regular...

FOR.—Malo. *Son fieritas.*

GUA.—En alguna ocasión... ¡ojalá lo fuéramos!, que la injusticia más grande que ha cometido la naturaleza con las mujeres—y ha cometido muchas...—fué la de no darles garras en vez de uñas.

FOR.—¿Para herir un poco más?

GUA.—No. Para que algunos se burlaran un poco menos...

ROMAN.—No está mal discurrido eso, Lupita...

ESCENA XII

DICHOS: el TRASUNTE que da una palmada de aviso a
GUADALUPE, mutis.

GUA.—(Después de hacer seña al traspunte de que irá.)—Pero no sirve de nada el discurrir bien cuando no hay medios para defenderse.

FOR.—Siempre los hay.

GUA.—Eso pregonan los que tienen suerte, pero los demás, cuando les llega la mala hora de la miseria o del vicio, y han de hocicar, quieran o no quieran han de hocicar... no se ríen porque les falta humor, que si no, mucho se reirían cada vez que alguien llegara con el canto mentiroso de la voluntad y de la firmeza.

ROMÁN.—¿No crees en el poderío de la voluntad?

GUA.—Para ir rectamente, no. Ahora... retorciéndola, amoldándola, marchando por fangales cuando no se pueda marchar por buen camino... ¡así se llega, sí, así se llega!

FOR.—¡Te vas a retrasar para escenal

GUA.—En las comedias, ¡qué bien arriban los muñecos a cuanto el autor les manda, y sin una sola abdicación de sus ideas...! ¡En la vida, sin

muchas abdicaciones, sin muchísimas, no llegamos, don Román, no llegamos!

FOR.—¿Vas o qué?

GUA.—Voy, voy...

(Mira a Román, se encoge de hombros resignadamente, y mutis.)

FOR.—Cualquiera diría que es una víctima...

ROMÁN.—Pero usted no es cualquiera. Y no lo dirá.

FOR.—¿Cómo llevamos mi comedia, don Román?

ROMÁN.—Va saliendo...

FOR.—¿Tiene muchos chistes?

ROMÁN.—Bastantes. En el primer acto calculo que habrá un kilo... o kilo y medio.

FOR.—El público está por reirse.

ROMÁN.—Y nosotros... cuando podemos.

FOR.—¿Quién trabaja en la obra?

ROMÁN.—Ahora, yo.

FOR.—¡Clarol Digo luego, de reparto. ¿Todos?

ROMÁN.—Casi todos.

FOR.—Traígame pronto una nota de las decoraciones. Ya sabe usted que en sus obras no se regatea nada.

CAPILLA ALFONSO X

ROMÁN.—Nada... más que el número de representaciones.

FOR.—Tampoco. En los libros se puede comprobar: aquí es usted el hijo pródigo.

ROMÁN.—El hijo pródigo, ya lo sé... pero también me gustaría que fuera usted el padre pródigo...

FOR.—Déjese de bromas.

ROMÁN.—¿Bromas? En los libros lo puede usted comprobar.

FOR.—Mire que le quiero hablar muy seriamente. A usted le consta que le apreciamos en lo mucho que vale.

ROMÁN.—Y les estoy obligadísimo. Según dicen, incluso en ausencia mía, a veces hablan ustedes bien de mí.

FOR.—¡Todas las veces!

ROMÁN.—Tanto ya no es prudente... Pero, en fin, continúen ustedes... para que vean lo que soy yo, que no le tengo miedo ni a los elogios.

FOR.—Usted no deja la sátira nunca. ¡Siempre sátiro!

ROMÁN.—Siempre. Y vamos al asunto.

FOR.—¡De hombre a hombre y de caballero a caballero! Dígame usted, mi querido don Román... ¿tiene usted algo con la Santos?

ROMÁN.—¿La Santos? ¿La Guadalupe? No, nada. Una buena amistad.

FOR.—Con franqueza... ¿no hay algo entre ustedes?

ROMÁN.—Absolutamente nada de particular.

FOR.—Usted viene por su cuarto muy a menudo.

ROMÁN.—Porque es simpática y lo son las otras muchachas, y aquí hacemos un poco de tertulia.

FOR.—¿Nada más? Entre hombres se pueden decir esas cosillas...

ROMÁN.—Palabra de honor.

FOR.—Basta. Lo creo. Y entonces ya no tengo reparo en mi propósito.

ROMÁN.—¿Le va usted a hacer la corte?

FOR.—No. La voy a despedir.

ROMÁN.—(Levantándose.)—¿A despedir?

FOR.—¡No puedo con la nómina! Subimos la cuenta de Enero, la gente se retrae y hay que castigar los gastos.

ROMÁN.—(Volviéndose a sentar.)—Lo siento...

FOR.—Usted se hará cargo de las circunstancias, ¿eh, don Román? Si fuese cosa de usted no habría ni que hablar, sostenida; pero no sintiéndolo, ¿eh...?

ROMÁN.—Me da lástima esa pobrecilla.

FOR.—Pero esto no es un asilo. Por esa lástima de usted ya estuvo en la casa tres años, los tres que llevo de empresario. Ahora que se las busque...

ROMÁN.—Usted sabrá lo que dispone.

FOR.—A tiempo estamos. Sea usted franco, que yo esta pequeñez no se la niego si usted la protege por algo.

ROMÁN.—No. Eso no.

FOR.—Pues perdóneme, ¿eh? Le voy a traer el palco para el estreno de mañana.

(Mutis.)

ROMÁN.—Muchas gracias.

(Queda pensativo.)

ESCENA XIII

ROMÁN: HÉRCULES

HÉR.—(Después de una breve pausa.)—Ya le han dado lo suyo a la Alfonsita.

ROMÁN.—¿Se equivocó también hoy?

HÉR.—Por no variar... Pero al público le hace gracia y se ríe, y espera con júbilo sus equivocaciones, y Alfonsa, que lo sabe, se equivoca ya de intento muchas veces.

ROMÁN.—Suerte que la toleran...

HÉR.—(Quitándose la peluca.)—Porque es guapita y simpática. Y, además, porque tiene su mérito artístico.

ROMÁN.—¿Su mérito artístico?

HÉR.—¡Vaya! En el teatro contemporáneo es la actriz que mejor se equivoca. Lo que ya es decir, ¿eh? Y aquí lo importante es distinguirse por algo, sea lo que sea. La Domínguez ha llegado a primera actriz dramática porque se vestía bien... y la González ha llegado a primera tiple porque no se vestía. ¡Aspectos del arte! Yo no desconfío de nada, porque en el teatro he visto ya de todo... hasta buenos cómicos. ¿Pero qué es eso? ¿No tienes humor de cháchara, Román?

ROMÁN.—Estoy preocupado. Me da el corazón que he cometido una insigne majadería...

HÉR.—Pues seguramente. Es de los pocos casos en que el corazón no falla jamás. ¿Qué fué?

ROMÁN.—Ahora, hablando con don Bruno...

HÉR.—¿Con don Bruno? Entonces no la has cometido tú: se la has quitado.

ROMÁN.—Vino a preguntarme si yo tenía algo que ver con Guadalupe, y le respondí que no, como es la verdad.

HÉR.—Aunque no lo fuera no cabía otra con-

testación, que esa es la única decente y caballerosa.

ROMÁN.—No lo sé bien, Hércules...

HÉR.—¿Cómo que no lo sabes bien? ¿Puede haber duda en lo que ha de responder un hombre cuando le preguntan una impertinencia semejante? ¡Que no y que no, y la mano en el fuego jurando siempre que no!

ROMÁN.—¿Estás seguro?

HÉR.—Completamente seguro. Y tú también.

ROMÁN.—Yo no... ¡Claro que así contesté, no blemente, y poniendo la verdad en su lugar! Pero sabes cuál fué la consecuencia inmediata? Decirme que la despide.

HÉR.—¡Caray!

ROMÁN.—Que estamos en la cuesta de Enero, que ha de hacer economías...

HÉR.—Ya lo sé por experiencia. Enero es fatal para los cómicos... y para los gatos.

ROMÁN.—Yo, con mi respuesta, he quedado honradamente, dignamente, caballerosamente... sí, sí... pero ella a la calle, las hermanitas sin comer... ¡y Dios dirál!

HÉR.—¡Caray...!

ROMÁN.—Y con todo el firme convencimiento de mi corrección y de mi nobleza, no acabo

de interrogarme a mí mismo si hice bien o si hice mal. ¿Qué dices?

HÉR.—¡Caray...!

ROMÁN.—Eso no es respuesta.

HÉR.—Lo es, lo es.

ROMÁN.—Con tanta caballerosidad y tanta hidalguía... a la pobre Guadalupe, ¿le hice un favor o le hice un disfavor? ¿Le causé un bien o le causé un mal?

HÉR.—¡Caray...!

ESCENA XIV

DICHOS: TRASPUNTE

TRAS.—Hércules...

(Mutis.)

HÉR.—Voy.

(Se arregla al espejo la peluca.)

ROMÁN.—Ten la bondad de responderme: ¿Qué respondes? ¿Sigues estando completamente seguro?

HÉR.—Ya no. Por lo visto la mía era una seguridad provisional.

ROMÁN.—¿Piensas todavía que me porté con nobleza?

HÉR.—¡Eso sí!

ROMÁN.—¿Y con lógica, con sentido común, con...?

HÉR.—¡No, no; eso no! Has quedado como un perfecto caballero y como un solemnísimo papanatas. Esta, al menos, es mi opinión... provisional también. Y dispensa, que aún tengo que soltar algunas ferocidades en escena...

(Mutis hacia el foro.)

ESCENA XV

ROMÁN: GUADALUPE

GUA.—¿Queda Barradas ahí?

HER.—Ahí lo tienes.

(Mutis.)

GUA.—¿Sabe usted lo que me pasa, don Román? El representante de la Empresa me dijo ahora mismo que fuera yo mañana por Contaduría. Para liquidar... ¡Para qué ha de ser! Y como no tengo más padrino que usted ni más influencia que la suya... ¡a la fuerza le he de sacar, don Román! Yo necesito sostenerme en el teatro hasta que me case, que será inmediatamente que Esteban obtenga su plaza de juez...

ROMÁN.—Ya lo sé...

GUA.—Pero mientras no le llega el turno—

meses nada más—es preciso que yo viva... ¡Vivir solamente! No pido otra cosa.

ROMÁN.—Aquí va muy mediano el negocio, Lupita...

GUA.—¡No lo crea usted! Han tenido lleno tres meses, que bastan y sobran para defender la temporada, y aunque algo aflojó, como siempre por estos días, volverá a llenarse el teatro con el éxito de usted.

ROMÁN.—Ojalá...

GUA.—Si tuviera yo tan garantizada la lotería ya estaba encargándome un auto de cincuenta caballos como el que tiene la Filomena, que es precioso.

ROMÁN.—¡Precioso! El de Filomena es el ideal en automóviles. Cincuenta caballos... y no haber pagado ninguno. Dificilmente se hallará una marca mejor.

GUA.—¡Dicen que es de Packard!

ROMÁN.—Dicen que es de muchos..., pero eso allá ella... y ellos.

GUA.—Y yo peleándome y atosigando a la gente por un pedazo de pan, que ni siquiera lo comeré del todo, porque otras bocas lo aguardan también.

ROMÁN.—Ya lo sé; ya lo sé...